

Literatura hispanoamericana

Dos relatos tomados de CUADRO DE COSTUMBRES

**Guillermo
Prieto**

(1818-1897)

DOS RELATOS TOMADOS DE
CUADRO DE COSTUMBRES
Guillermo Prieto

ÍNDICE

Memorias de un Abelardo de mi tiempo 2
Un puesto de chía en Semana Santa..... 19



Memorias de un Abelardo de mi tiempo

"¡Como lo necesitaba!", dije, cuando le descubrí desde mi balcón dirigiéndose a esta casa de ustedes, queridos lectores; ¡como me lo había mandado el médico!

Abelardo Doymeatodas, es uno de esos tipos preciosos que estudio amoroso y cultivo con pasión artística, y que de tanto admirarlo y de tanto querer calcarlo en mi imaginación sin que le falte sombra ni línea, se me borra, se me confunde y disipa, dejándome sediento de volverlo a encontrar, sorprendiéndome siempre y ambicionando poseerle, con el cariño que un botánico una flor desconocida, o un astrónomo un nuevo astro en el firmamento espléndido.

Abelardo pertenece, sin duda alguna, a la familia de los inmortales, a juzgar por la primavera eterna que se refleja en su rostro, aunque malas lenguas digan que mucho deba a los afeites; por la negrura de su cabello, aunque alguien lo atribuya al "zozodonte"; por su talle breve, por su andar airoso y por su conjunto entre expansivo y sentimental, entre las ilusiones y los desengaños.

Según uno que otro rasgo biográfico que he podido sorprender en Abelardo, cruzó por las aulas, pescándose de la una un verso latino, de la otra algo del cuadrado de la hipotenusa, de por



aquí *prius es esse cuan taliter esse*, y de por los breñales de la política no sé cuántas blasfemias achacadas a Mirabeau, ni cuántas adivinanzas atribuidas a Víctor Hugo y Castelar.

Pero la especialidad que me hace codiciar con tanto ahínco el estudio de Abelardo, es el amor. Mi héroe es un genio, un estuche, un verdadero prodigio, como lo vamos a ver.

Peina sus cuarenta y cinco primaveras entre su bien aderezado cabello, pestaña remangada, párpado caído, mirada como humedecida por voluptuosas lágrimas, bigote fino y esmeradamente rizado en sus extremos; en uno de los dedos de su izquierda mano ensarta los anillos de variadas y caprichosas figuras. Cada uno de los adminículos de Abelardo es una delación de la tirana pasión que le esclaviza.

Su cajita de cerillos figura un botincito negro con su moño primoroso, el puño de su delgado bastoncito es una piernita de marfil torneada con voluptuoso esmero, en su pañuelo se adivinan bordados deliciosos de palomas besándose amorosas, "no me olvides" significativos o corazones atravesados de parte a parte con flechas descomunales.

Si da a luz su tarjetero, es para que se admire una deidad desnuda, y de su cartera suelen escaparse florecillas disecadas, acaso un delicado rizo o alguna otra bagatela, que como parece que él oculta pudoroso, no hay que mencionar.



Lo más singular de Abelardo es que tiene buen porte, a nadie se sabe que importune con pedidos, y no es ni moscón de billares, ni apero de cantinas, ni siquiera cócora de pandillas turbulentas. Su gloria es coquetear con los muchachos.

No se sabe de dónde ni cómo gana su vida: la maledicencia dice *sotto voce*, que posee una madrina de quien es encanto, militara desengañada, que cobija con las alas de su montepío tan preciada existencia; otros suelen decir que el contingente para la manutención y gastos de Abelardo, lo suministra entre las sombras del misterio nuestra Santa Madre Iglesia: que el nene resultó no sé cómo sobrinito de un canónigo caduco, a quien acometió brioso nuestro héroe; resistió el siervo de Dios al reconocimiento, y Abelardo se dispuso a armarle tal sanquintín, que espantado el anciano tuvo que transar, y sostiene como a un príncipe al nene cuarentón.

De todos modos, a Abelardo ni seducen las artes, ni inquieta la política, ni le importa un bledo cuanto pasa o no pase en el mundo, porque él nació para el amor, y la vivífica llama de esta pasión poderosa lo envuelve, lo aísla, lo secuestra para todo lo que no sea amar.

Con un personal no despreciable, con un declamar patético de versos que se apropia, con algo de rasgueo en la vihuela en visitas íntimas, y con sorprendente tino para engatusar viejos y viejas, Abelardo sería un conquistador tremendo, un arrancacorazones sin rival, un irresistible de primera fuerza, si no fuese su ligereza suma, su dispararse sin criterio, en una



palabra, su flojedad de tornillos, que le procura ratos muy pesados, y que como él dice, lo hacen víctima del amor... si a esto agregamos un sí es no es de cobardía genial, unida a una aparente fanfarronería y una sed de aventuras y de gloria, ¿por qué no se ha de decir?, tendremos, si no cabal, aproximada idea de Abelardo Doymeatodas.

Éste es, pues, el tipo que tan ardientemente persigo y del que me propongo, sin que él lo comprenda, ser el cronista, el biógrafo, y si pudiese el cantor, por aquello de tal Homero para tal Aquiles. Pero, silencio, que ya está presente.

— Abelardo, ¿tú por aquí?

— Chico, siempre con mis molestias.

— ¿Qué se te ofrece?

— Se me ofrece un acróstico: mira, Fidel, y en esto sí me va el honor; aquí traigo el papel; mira qué grabado: ¿qué te parece esta idea de encender Cupido sus antorchas en los ojos de esa sílfide?

— Divina idea.

— ¡Oh!, pero la muchacha ésta es adorable; ahora sí me parece que doblé las manos y me fijé para siempre; pero ya sabes, soy desgraciadísimo. ¿Me haces el acróstico?



—Diez acrósticos te hago, pero con una condición: que me cuentes algo de tus aventuras amorosas desde que comenzaste esta carrera que te hace el rey de los irresistibles.

¿Qué verías en mis aventuras? Lástimas, sinsabores, la pena negra; porque cuando me creen los amigos y la gente superficial el más afortunado del mundo, soy realmente el "mártir" del amor. Otro día que estés tú más desocupado y yo con menos prisa, te daré apuntes en forma para mis "Memorias". Por ahora te diré que yo no sé por qué fatalidad de organización para mí, digo como cierto poeta:

Ni qué hermoso rosicler,
ni qué luna ni qué estrellas,
igual a las partes bellas
del rostro de una mujer.

Ni la gloria, ni las riquezas, ni nada en el mundo es comparable para mí, ni preferible, al relampagueo de los ojos de una chica, a sus risitas, a sus saltitos, a sus monerías. Dios Nuestro Señor conoció que el hombre tenía que devorar muchas penas en la vida, y entonces formó a la mujer como el más divertido de todos los juguetes y la más preciosa de todas las chucherías de la creación.

Y esta admiración, este íntimo culto, esta consagración, lejos de entibiarse con los años se acrece y aumenta, de modo que me absorbe y me enajena.



En mis tempranos años sólo me seducían los rostros de arcángeles, los talles esbeltos, las dentaduras de marfil, las miradas de gacela; pero con el tiempo se aumentó mi afición al género en conjunto, y entonces a unos garabatos de carne y hueso, a esos ñudos de facciones, a esas bigotudas de papada insultante, a esas flacas como ganzúas, a esas pesadillas vivientes, a esos absurdos de faldas, les encontraba algo de seductor, y jorobadas, cacarizas, tartamudas, rengas y descuadernadas, hallaban, y lo que es peor, hallan gracia delante de mis ojos.

En la escuela de primeras letras, tenía yo un maestro que era un prodigio de saber: fino, puntual, paciente y dulce con los niños, su defecto era el amor: nos daba lección de aritmética junto al balcón, volvía con frecuencia el rostro a la calle y se fijaba en una tienda de modas que había enfrente, a la hora menos pensada los muchachos estaban en huelga, las razones y proporciones seguían el rumbo que mejor les parecía, y el maestro estaba asomado al balcón viendo cómo se probaban una capota o un gorrillo las marchantas de la modista.

Yo, sin saber por qué, ni darme cuenta, me parecía de envidia de mi maestro, y hubiera dado la mitad de la vida por hacer el curso de las razones y aprovechar las proporciones en el mostrador de la modista.

Me llevaba mi señora madre al sermón, el sacerdote decía:



—Precaveos, ¡oh fieles!, de los peligros de esas antesalas del infierno que se llaman las "cortes"; allí, con sus cantos de sirena, pretenderán atraeros al abismo las hermosas; allí la mujer, dando empleo indigno a las gracias con que la dotó la naturaleza, las convierten en dogales con que aprisionan y arrastran a la juventud inexperta: allí os darán a beber en copa de oro los deleites que embriagan y hechizan, pero en cuyas heces se contienen los remordimientos y el amargo dejo de las lágrimas...

Y yo, niño y sin atinar con el significado de las palabras, salía del templo diciendo: "Pues en la corte estoy y preparado para todo evento, y ¿cómo para mí no hay cantos de sirena, ni un pedazo de dogal, que muy buen provecho me haría, ni copa ni nada, ni un horror que por caridad me hiciera probar ese dejo de lágrimas?..."

Como es de rigor, mis primeras simpatías se mostraron con una prima linda como un cielo: pero para ella la pasión dominante era la gula, yo no entendía de amores, pero me hice su esclavo y me consagré a su servicio.

Me mandaba tiránica, me endilgaba al robo de la despensa, llovían anatemas y reconvenciones contra las criadas.

Fuese a confesar mi prima, el templo estaba silencioso, y a media luz, algunos devotos estaban al pie de los altares, las señoras de la vela perpetua permanecían arrodilladas en las



gradas del presbiterio, varias personas de mi familia se encontraban cercanas al tribunal de la penitencia.

Mi prima estaba sin duda en la confesión de sus rapiñas; de repente se desprendió de la rejilla del confesionario y dijo en voz alta:

—Yo fui con aquel niño que está allí enfrente y se llama Abelardo.

Ya se deja entender todo mi bochorno y las consecuencias de aquella delación cuando aún no apuntaban en mi alma los rayos de un primer amor.

Atribulado en lo más profundo con esta primera derrota, y ya en el colegio, quise desahogar mi corazón y comuniqué mis cuitas a un amigo Julio Cerbatana, que era mi bello ideal por su audacia y por sus triunfos amorosos. Este chico era un ejemplar precioso del amor intermitente.

Era Cerbatana joven de diecisiete años, cumplido y estudioso, dedicábase a algunos fructuosos estudios y sobresalía en algunas cátedras.

Bruscamente y sin motivo ostensible, por temporadas dejaba la regularidad de su método, y cátatelo un calaverón tremendo; abandonaba libros y papeles, recomponía su equipaje, y de bruces... a amar, a amar desesperadamente, como quien se lanza de cabeza en un tanque; y no se crea que recorría los



trámites y cultivaba los prólogos, no señor, él no se dedicaba más que a las explotaciones de entrevista para arriba o matrimonio.

Yo era su desempeño en aquellos accesos de amor que pasaban y volvían a su estado normal las cosas. Pero entre tanto se trataba del torbellino y de la fiebre amorosa.

Recuerdo que una mañana que lo visitaba, le encontré inquieto, con los ojos vidriosos, los labios secos, el cuello tendido, la ropa en desorden, y me dijo:

– Me cuesta la vida si no me caso con esa mujer...

– ¿De quién se trata?

– De Petra, de la vecina de enfrente, y ahora mismo me la vas a pedir.

Por supuesto que hablaba de esto como si se tratara de beberse un vaso de agua.

Era Petrita una niña de doce años a lo más y como el lucero del alba; tenía Petrita por mamá una española fresca y regordeta, de voz áspera, hombruna y resuelta de modales.

– Tú, Abelardo – me dijo Julio –, vas a pedirme a la muchacha, preguntas por doña Melchora, te le encaras, le hablas de la posición social que se me espera.



Y yo sin más ni más, sin reflexión de ningún género, como si se tratase del negocio más obvio, me fui dirigiendo a la casa, pregunté por la señora, hice que me anunciase, y teniéndola al frente, le dije:

—Señora, vengo de parte de mi amigo don Julio Cerbatana, mi compañero de colegio y que tiene un gran porvenir, a pedir a usted la mano de Petrita, para que vivan felices; entendido que si usted no le alista a la joven, de fijo mi amigo se vuela la tapa de los sesos.

La señora primero escuchó como incrédula, después me veía como indecisa, al fin me tomó de los hombros y me dijo:

—Caballerito insolente, márchese usted de casa o le mando cargar con mis criados hasta el colegio para que le apliquen veinticinco azotes por su audacia.

Y diciendo y haciendo me dio con las puertas en la cara.

Las bromas de los amigos, la escena de la vieja y los agregados de las personas caritativas que cultivan la crónica, llevaron a los cielos mi reputación de "corredor" de amores.

Julio me dijo:

—Es forzoso que seas hombre y te voy a procurar una polluela despierta y entendida para que te quite el pelo de la dehesa.



En una apartada calle, cuyo nombre no menciono por el deseo de condenar al olvido mi aventura, vivía la beldad que me prometió mi amigo y que de luego a luego avasalló mi corazón; chiquilla que podía caber en una cigarrera, cejijunta, ojinegra, chatilla y primorosa era Eugenia, movimientos de ardilla, voz precipitada y de acentuación enérgica, alto tacón, breve cintura y una boquita por donde besos, sonrisas y palabras se salían a escape.

El deseo de ponerme en relaciones con Eugenia me constituyó en lazarillo de Cerbatana, quien como he dicho, en sus accesos de amor era feroz, y por allí era la complicidad de los chismes, por allí el mentir disculpas, y por todas partes las penas de editor responsable de las quince mil diabluras de mi amigo.

No olvidaré jamás una vez que guardándole la espalda en una casa, dulcería por más señas, sorprendió la madre de la señora de los pensamientos de mi amigo a su hija cuando recibía un tierno abrazo: la señora conducía un cazo rebosando en conserva de guayaba: sin soltarlo arremetió contra Cerbatana, yo me interpuse valeroso, la anciana hizo empuje, yo forcejeé y caímos, bañándome de miel y de guayabas de pies a cabeza.

Dejo a tu consideración, Fidel querido, el miserable estado en que me encontré, escurriéndome, pegosteándome todo, sacándome las guayabas de entre la corbata y el cuello, de entre el chaleco y la camisa; a tu consideración dejo la burla, la rechifla de mis compañeros, que por mucho tiempo me honraron con el retumbante apodo de Abelardo Guayaba.



Mi vocación, no obstante, estaba decidida, y al fin Cerbatana me puso en posición de las relaciones con Eugenia.

Mi absoluta falta de recursos por una parte, y por la otra la soledad de la calle en que vivía el hermoso objeto de mi ternura, hicieron que mi "oso" fuera un oso de acción y de palabra.

Horas enteras permanecía frente al balcón de mi adorada dueña, gesticulando y ejecutando el lenguaje de los mudos, siendo muy frecuente que accionando distraído apareciese la mamá o persona extraña a nuestros amoríos, y yo para disimular siguiese braceando y gesticulando como un loco, adquiriendo reputación de tal en todo el vecindario.

Eran soberbios aquellos amoríos, y habría sido mi delicia exclamar, parodiando a la joven de La gallina ciega: "¡Qué feliz soy, ya tengo novia!", pero el brío y las impetuosidades de aquella encantadora viborita me tenían positivamente azorado.

De misa se salía, como suele decirse, por ponerse y ponerme en tremendos peligros. Bastaba que oyese pasos a su espalda para llamarme y hablar recio y darme cada susto con los suegros, de ponerme flaco, de costarme la vida.

El suegro era un coronel de dragones, con un pistolón al cinto que parecía que cargaba un violín; moreno, carirredondo, patiabierta y con unos ojos negros, sobre fondo escarlata, capaces de amedrentar a un león.



Apenas cualquier chico la veía, lo ponía en mi conocimiento, deseosa de que armase reyerta, y porque no andaba a pinchazos y a estocadas con todo el mundo, me llamaba frío y se quejaba de mi indiferencia.

En una palabra, llegó casi a significarme de un modo resuelto, que si no le acreditaba yo mi valor de un modo patente, me despediría de su afecto con la nota de cobarde y de indigno de la hija del coronel Espiridión Quebrantahuesos, nombre, que sea dicho de paso, me encogía el costillar cada vez que cualquiera lo pronunciaba en mi presencia.

Contra mis inclinaciones, naturalmente dulces y pacíficas, aprendí a fumar puro, a toser recio, a llevar el sombrero a los ojos, a andar pausado y como blandeándome y a cargar un trabuco que cogía con un tiento como si fuese de cristal, y que temí que la hazaña única fuese dejarme cojo por lo menos.

Solía florear mis conversaciones amorosas relatando a mi bien encuentros y desaguisados de mi pura invención. Había veces que me terciaba una mascada al cuello y en ella descansaba mi brazo, como para dar a entender que estaba lastimado; pero yo conocía que aquella intrépida sirena quería algo de más patente de mí en materias de valor.

Preocupado y enloquecido casi con esta idea, atiné en conchabar a un condiscípulo de probada mansedumbre, a quien llamábamos *Firria*, y mediante una propina, para mis



circunstancias y las suyas, valiosa, le comprometí a que se fingiese perseguidor de mi novia.

Dizque yo le reconvenía por sus paseos, él debía contestar altivo; se ensayó que se encendiesen las palabras, se orillaba la cosa a que llegásemos a las manos, había empujones y cachetadas, en la que mediante el convenio y la paga, él tenía que salir derrotado, y yo, dueño del campo, reclamar los laureles del vencedor...

Llegóse el momento fatal. Era la tarde, los criados de las casas regaban y barrían las calles. Eugenia estaba en su balcón resplandeciente de hermosura, como presintiendo que iba a ser la reina del torneo. Yo me encontraba en acecho a cierta distancia, pero haciéndome el feroz, que era el papel que forzosamente me correspondía. Mi inocente rival, con su capotón de cuadros, bausán y desgarrado, asomaba en la esquina, tardo como un buey.

A pesar del convenio ajustado y de las seguridades que yo tenía del resultado de la lucha, palpitaba mi corazón y mis piernas flaqueaban.

La vista de mi encantadora Dulcinea me infundía ánimo, y sobre todo, el pacto celebrado con *Firria*.

Acercóse éste al frente del balcón, de mala gana, pero haciéndose el Carlos Mejía, del improvisado Tenorio. Pasó, volvió a pasar y fingió verme con el más alto desprecio.



Entonces atravesé la calle y me interpuse en la acera, casi bajo el balcón, diciendo a mi atortolado rival:

–Sabe usted que ha elegido mal punto para hacer ejercicio.

–No lo he nombrado a usted mi médico.

–¿Por qué pasa usted por aquí?

–Porque la calle es de todo el mundo. ¿Hay garita?

–No hay garita; pero hay un hombre que no quiere que pase usted más.

–Bien; ¿pero si se me antoja?

–¡Entonces a mí se me antojará romperle a usted el alma!...

Al decir esto, en medio de la embriaguez de la ira, alcé los ojos y vi a Eugenia, feliz, orgullosa, en el colmo de la felicidad... No necesitaba más; arremetí contra mi contrario; llovieron sobre su cara, sobre su cabeza, sobre sus hombros granizadas de puñetazos.

El, primero, sufría; después me decía en voz baja:

–¡Contente, contente, no abuses!



¿Pero qué?, si yo era un tigre, un león y quería aterrar y confundir a mi supuesto rival y que Eugenia me mencionara lado a lado del Cid Campeador y de Murat.

Yo no sé qué descarrío tuvo mi entusiasmo bélico, que Firria dijo:

— ¡Ah, pícaro, ése no es el trato!

Y diciendo y haciendo: como barre el aire la basura, como revuelca y avienta toro bravo a faldero atrevido, en un parpadear, en el espacio de un relámpago, me tomó de la medianía del cuerpo, me levantó, me derribó y aquello fue el día del juicio, los criados barrenderos acudieron a la lid con sus escobas en alto, simpatizando con mi vencedor por más plebeyo de porte, y tal vez por sus menores pretensiones.

Yo estaba muerto, revolcado, enlodado, con la boca llena de polvo y diciendo en voz baja a *Firria*:

— ¡El trato es trato!

Pero él era una furia del infierno: en mi forcejear por desasirme de sus garras, se disparó la pistola que traía al cinto y la imaginación me representó mortalmente herido, no hubo más que privarme, pero antes había oído reír a Eugenia con un espectador que decía:

— No he visto pollo más gallina.



– Otro día seguiré mis "Memorias". ¿Escribes el acróstico?

– Con mucho gusto.

Y me puse a servir a mi amigo.

Fidel

1848



Un puesto de chíá en Semana Santa

Ha pasado la época a que nosotros por ironía llamamos invierno, que propiamente no es más que el sueño rápido de la eterna primavera, para aparecer con el prestigio de nuevos encantos. Ha pasado riendo con la careta en la mano, con las señales de su vida corta y crapulosa el carnaval; y la austera Cuaresma ejerce su menoscabado imperio en las pocas almas timoratas y religiosas de este siglo eminentemente pecador.

Los vendedores, que con su grito son el termómetro que marca las estaciones, han dejado de pregonar entre las sombras de la noche la castaña asada, en los parajes públicos; la extensa lumbrada ya no se enciende en las esquinas frente al cacahuete y al coco fresco.

Es un viernes; en algunas esquinas se improvisa un pensil de flores naturales, el chícharo aromático, la mosqueta, la amapola, la espuela de caballero rodean a la rolliza florera que forma ramos, para ofrecerlos al público por módicas sumas.

Ya es un niño que le compra y acompaña el ramo a una vela ruin para la Virgen de su escuela, en la que aún se conservan las costumbres de antaño; ya la mujer de la plebe que tiene su altar, y lo adorna con flores en su humildísima pocilga; ya la rumbosa cocinera, que orna el canasto de su recaudo de vigilia. Entretanto, multitud de carboneros pueblan las calles, se oye



pregonar en voz de tiple el cuscús, las verdolagas, el ahuate, las ranas; y por la garita de San Cosme entran multitud de asnos pacíficos cargados con berza, compitiendo el vendedor en su grito, con el que proclama el bagre y el pescado blanco.

Atraviesan las calles en todas direcciones estos pregoneros errantes; la afluencia de arrieros a la capital es notable; ya los conductores de los efectos de tierra adentro, ya los indios de los alrededores, ya los alcaldes de un pueblo que con la más pacífica de las embajadas vienen en busca de cera y de arreos de hoja de lata pertenecientes a la Edad Media, para convertirse en verdugos de Jesucristo.

En esta época de agitación, cuando el espíritu mercantil, la gastronomía o la devoción, ponen en movimiento los ánimos, cuando comienzan a sentirse los calores, y aún no hay esperanza que los temple la benigna lluvia; un día como por comunicación telegráfica aparecen en las esquinas los puestos de chía.

Dos enormes huacales son el almacén de este mostrador portátil, se revisten de alfalfa o de trébol; se adornan en su parte exterior de amapola, de chícharo, de campánulas y mosqueta, con matices varios, con exquisito tacto y hermosura; corona esta especie de mostrador otra cenefa de rosas y demás flores vistosísimas y frescas: el frente del puesto está perpetuamente regado, y como excitando al sediento a calmar sus ansias. Sobre el puesto hay una especie de aparador en que sigue la categoría y fortuna de las relaciones de su dueño, se ostentan, ya



colosales vasos de cristal abrigantado con aguas de colores, que azules, escarlatas, naranjadas y verdes, relucen con el sol, y le dan un aspecto peculiar a la negociaci3n: hay tambi3n j3caras encarnadas y lustrosas, hijas del sur de M3xico, con su maque terso y durable, y sus labores de plata curios3simas.

Lo restante de la negociaci3n est3 oculto a las miradas profanas: es la olla matriz con agua de az3car, otra con agua de lim3n, pi3a, tamarindo, y sobre todo, la horchata de pepita y la ch3a, "engordando" en un lugar predilecto.

La alma de este singular conjunto, es la chiera, fresca, morena, de ojos negros, de andar resuelto, enagua con puntas, zapato con mancuerna, y en todo respirando actividad e inteligencia; ordena a su criada que prepare en el metate adjunto la pepita, env3a a su esposo por los art3culos que necesita; forma una especie de pabell3n con su rebozo al reci3n nacido pimpollo detr3s del puesto; adquiere relaciones con el vinatero y los cargadores: los de la vecindad la se3alan, los muchachos la auxilian el primer d3a de su instalaci3n, y ya todo arreglado, tose, ve en su derredor, y grita con un acento que le es propio: "ch3a, horchata, agua de lim3n, tamarindo".

Ac3rcase un sediento; prepara una j3cara, lava sus manos, vac3a un tanto de agua azucarada, y la mezcla con la ch3a o con la espumante horchata, para brindarla a su marchante: as3 pasa su vida mon3tona ri3endo con los deudores, afable con los transe3ntes, vivaracha y retozona con sus vecinos.



Pero luego que ciertos signos anuncian la Semana Santa, que la ronca cantarrana en manos del muchacho, y la impertinente matraca proclaman los solemnes misterios de la Pasión, entonces la chiera es otra cosa; empeña su crédito, forma una habitación de carrizo y morillos en instantes, multiplicanse sus dependientes, contrae compromisos, y despliega una prodigiosa actividad, como el cocinero del puding a la chipolata en medio de sus clientes, como un general en un día de batalla distribuye su gente, la comisiona y vigila por su perpetua acción.

El Jueves Santo en la noche, el puesto de chía es la fachada de un salón extenso de carrizo, aquel mostrador enano está adornado de arcos elevados de trébol y flores, de donde penden cantarillos y otros trastos de barro poroso que dan frescura a la agua loja, y el juguete es un nuevo atractivo para el comprador. Un hojalatero proveyó de faroles; algún otro conocido, de bandillas y lienzos, y algunas veces Telémaco y Ulises, Catón y Espartero, no desdeñan entrar en los puestos en sus dorados cuadros; por lo demás, en el interior hay bancas; y la servidumbre que muele, endulza, riñe, y está en perpetuo trajín, es numerosísima.

Ese día, la chiera se multiplica como el pólipo; trabaja, riñe, y tiene pintada la mortificación y el despecho en el rostro.

Su compostura en esos días es extremada; enagua de muselina con maneras de listón y un holán encarrujado y como el ampo de la nieve; sus pulseras y gargantilla de corales, su rosario y su



relicario con cera de agnus, y en fin, todas las medallas y amuletos que puede, desde San Jorge contra los animales, hasta el Señor del Sacro Monte, las puntas de costumbre y el zapatillo ajustado, realzando el apiñonado cutis; así se ostenta de galana, grita su chía, horchata, etcétera, se instala en su tienda una familia de un honrado artesano vestido de limpio, su sombrero de chapetas, su zapato de herradura, su chicuela de saya y mantilla. La chiera los hace sentar, les da conversación y les sirve lo que piden.

En esos días los puestos degeneran, y tienen tantos cambios y alteraciones que es imposible describirlos propiamente: hasta aquí sólo he pintado la chiera de esquina; pero en la Semana Santa todo el frente de Palacio se cubre de puestos, y aunque en el fondo son iguales, su forma varía al infinito.

Allí ricas cortinas de damasco y muselina; allí quinqués y cuadros; allí también, cantaritos y jícaras; pero vasos y jarrones europeos; allí la canela arrojada sobre la agua haciendo labores caprichosas; allí hay cajeras y servidumbre numerosa, y los niños que lloran y las molenderas que riñen, y la obesa puestera que se atufa y se ahoga entre la concurrencia exigente, y el marido de la mujer trabajadora, holgazán, que bebe y gasta el fruto de los afanes de la pobre chiera.

Pero esto es accidental, la chiera de profesión es estacionaria, desaparece con la primera escarcha, emigra con las golondrinas, y nada se sabe de su existencia mientras dura el invierno.



En estos últimos tiempos, como Mahoma en lo religioso, como Galileo en lo científico, como Napoleón en lo político, una chiera ha hecho una revolución en su ramo empuñando el cetro de las puesteras, y no se crea que es una mujer vulgar y sin talento; no señor, es la chiera del Portal de las Flores. Antes, la esquina en que ahora se halla, estaba desierta; repentinamente se posesiona de un arco, se circunda de ollas colosales y rechonchas, acopia pepita y chíá; da extensión a su giro, ocupa varios brazos, pone en movimiento muchos metates, y sin más que el aseo y la oportunidad del local, se alza con el imperio de la horchata; ni un grito, ni un desorden; nada: bondad en los efectos, prontitud en el despacho, y laus Deo.

Ya no se desdeña el petimetre de acercarse al puesto pidiendo chíá; ya empuña la mano, vestida con la delicada cabritilla, el vaso de tamarindo; ya el denodado general saca el mostacho con un vivo de horchata sin sonrojarse; ya el sacerdote austero bajo el acanalado *chapeau* sorbe una senda jícara de horchata, y rodeado de lo más espléndido de la corte, de la juventud más almibarada, la perla de las chieras, la joya de las vendedoras de aguas lojas, aumenta su fortuna, con regocijo de cuantos la conocemos.

Porque ante ella cae la máscara de la etiqueta; porque aquel puesto es el oasis del desierto, la fuente de Moisés, el alivio de todos los que acuden al Palacio; es un puesto legitimista, regulador de la marcha social, y digno de la protección del gobierno.



El oficial a quien dieron una orden de marcha, el empleado y el pretendiente que llevaron una antesala de seis horas, la viuda doliente y el corredor avaro, todos dulcifican su humor con la agua del portal; calman su fatiga, cambian conversación, y el que venía de oposición se marcha afable, y el que venía satisfecho exploya su ánimo y se afirma en sus propósitos.

Es como un periódico que contenta todas las opiniones, como esos hombres que tienen una misión de paz, más útil para templar los ánimos que cualquier empleado diplomático, más conciliador que congreso alguno; junto a esas ollas ni hay partido, ni reclamaciones, ni diferencias, contraste de las oficinas públicas, se retira uno satisfecho; nunca dinero alguno se paga con mejor voluntad, quizá porque no hay contribución de ninguna especie que refresque a otros más que a los recaudadores; en fin, la chiera del portal, gordita, morena y afable, ocupará un día el rango a que la llama su puesto. Ahora su comercio está en moda, los landós la rodean, los caballeros la saludan, y yo que profetizo su opulencia dirijo mis preces al cielo por su riqueza, porque será una gloria para el país contemplar una vez una fortuna inmaculada, adquirida en un puesto tan público.

Fidel
1844

FIN

